

potente que nunca, pues mientras Rayón era inexpugnable en Zitácuaro donde habría de organizar un centro de gobierno nacional, Morelos en el Sur realizaba portentosa serie de triunfos.

Furioso el Virrey por el desastre de las columnas que intentaron tomar Zitácuaro, ordenó al triunfante Calleja que, reuniendo lo mejor de las tropas del Centro, provisto de abundantes municiones, gruesa artillería y material de sitio, atacara la rebelde villa donde Rayón desafiaba al Gobierno virreinal, estableciendo una *Junta* de Gobierno insurgente.

Calleja, aleccionado por la derrota de Empanan, acopió numerosos elementos y tropas, y secundado por jefes inteligentes y bravos, tras una marcha también penosísima, logró llegar ante Zitácuaro, la que asaltó vigorosamente, despedazándola con su artillería para incendiarla luego, arrasándola al grado de hacer pasar el arado sobre su asiento, empapado en la sangre de sus pacíficos habitantes, pues á nadie exceptuó su crueldad.

También los pueblos de los alrededores fueron incendiados y derruidos, teniendo que huir los infelices que los habitaban, hambrientos y miserables, por las sierras, perseguidos por las lanzas de los realistas que quisieron borrar de la Nueva España todo lo que recordara Zitácuaro...

¡ Vano intento!.... La heroica villa renacería de sus cenizas para ser de nuevo, cincuenta años después, épico baluarte de la libertad.



IX

LAS GUERRILLAS DEL INTERIOR

(1811)

Imponente espectáculo presentan en el interior de la Nueva España, durante el año de 1811, las múltiples insurrecciones que, siguiendo el numen libertador, van clamando — ¡ Independencia!...

Después de las últimas derrotas de los primeros caudillos, y tras su muerte en el Norte lejano y desierto, al desparramarse los grupos y las partidas, sin jefes ni armas, sin disciplina ni objeto, van á sostener la gran causa entre las abruptas serranías donde pueden reponer el ánimo y prevenirlo para nuevas y más felices contiendas.

Era grandísima la extensión en que hubieron de dispersarse las hordas... Y unos por el Oriente, rico y pródigo con su vegetación exuberante, otros hacia el Norte por las ásperas cuestas de la Sierra de Guanajuato, mientras en el ancho Bajío galopaban las audaces guerrillas, desafiando las retaguardias realistas, todos los que anhelaron muerte ó triunfo, hostigaron con brío á



las columnas virreinales maltratándolas y quitándoles sus convoyes.

¡Épico panorama!... complicadísima red, inextricable, enorme, extensa, erizada de nudos trágicos que eran centros de operaciones amenazadoras sobre los insurgentes, á veces, cuando no contra los realistas en otras circunstancias; red en que iban y venían, marchaban y contramarchaban, fingían detenciones ó retrocesos, acampaban en los montes ó en las llanuras, revoloteaban ó por fin escapaban en las noches para caer en las madrugadas, en furiosos albazos, sobre los pueblos desguarnecidos ó abandonados... ¡Terrible campaña de pequeñas guerrillas... de hombres que se cazan entre los bosques y los cerros y se hostilizan en barrancos y encrucijadas... de jinetes que se encuentran de súbito y combaten á machetazos, lanzando en alaridos cada campeón, como en los antiguos tiempos históricos, sus frases de guerra, arrollándose entre el polvo y el humo de la pólvora!...

En el inmenso cuadro que nos presentan los territorios que ahora forman Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes, Michoacán y los Estados de México, Veracruz, Querétaro, Tlaxcala é Hidalgo, hierven sangrientos hálitos de insurrección contra los centros de las tropas realistas, impotentes para dar caza á tan pequeños, pero ligerísimos é innúmeros dispersos enemigos.

Estos se creen vencedores en toda su línea : Calleja, el más hábil táctico y estratégico de los suyos, después de sus triunfos sobre los desbandados insurgentes, se establece en Guanajuato, ordenando á sus subalternos que pacifiquen á sangre y fuego todas las regiones que den abrigo á los rebeldes ; el Brigadier José de la Cruz,

en Guadalajara, robustecido con nuevas y bien abastecidas fuerzas regulares, ordena la devastación de todas las poblaciones por donde pasaran los insurgentes... *No perdonar á nadie, guerra de terror y muerte, que sepan todos que no hemos de dejar con vida á ningún perverso de la tierra.*

Así decía á Porlier, coronel realista tan sanguinario como su jefe Cruz, cuyos nombres eran símbolo de refinada crueldad.

En Valladolid era el déspota militar y civil, Trujillo, el mismo derrotado de las Cruces, quien á su vez diseminaba sus fuerzas para perseguir las infinitas guerrillas insurgentes que llegaban á amenazar á su misma ciudad.

Maravilla presenciar cómo al mismo tiempo, con simultaneidad asombrosa, surgen como por encanto tantas partidas guerreras, tantas bravías secciones de audaces ; y cómo también milagrosamente aparecen por aquí y por allá nubes de jefes, indómitos unos, otros astutos, todos dispuestos á morir peleando, cada cual según su táctica ó su terreno, anhelando el combate en cualquier forma, momentáneo y decisivo, cuerpo á cuerpo, ó largo y capcioso en campaña de escaramuzas, acechos y sorpresas.

De las llanuras del Bajío, de las laderas del Norte, de las boscosas serranías del Oriente y de entre las tórridas barrancas surianas brotan guerrilleros como por un conjuro épico, como llamados por los clarines de la gloria!

En los lugares poblados, ricos, estratégicos, — ejes y centros de las operaciones de los realistas, — hubo eterna desazón, mientras aquellas guerrillas amagaban, revoloteando ya dispersas, ya en imponentes reuniones.

Calleja, en Guanajuato, combina, proyecta, ejecuta y corta por medio de sus tenientes, á las guerrillas que pueden alcanzar... Las aniquila; pero luego renacen más fuertes que antes.

Una de las más temibles, la que asoló el Bajío y el Valle de Santiago y las cercanías de Salvatierra, teniendo constantemente en jaque poblaciones importantes, llegando á amenazar hasta la misma Guanajuato y Valladolid, era la de Albino García, hombre de campo, indómito charro que aceptó una existencia de perpetuos combates, resistiendo ó acometiendo á los realistas.

No era Albino un general estratégico, docto y tranquilamente dispuesto á las combinaciones de toda una campaña... sin ninguna instrucción militar, sin las nociones más rudimentarias del arte de la guerra, sin conocimientos acerca de organización, ordenanza y estrategia, él, intrépido guerrillero, indómito hijo de los campos del Bajío, es por su valor y por el tino de sus embestidas, resistencias y emboscadas, siempre á caballo, siempre esgrimiendo reata y lanza, incansable, casi invulnerable; es el tipo clásico del guerrillero mexicano... del guerrillero del Interior, del charro del Bajío, domador de potros brutos, diestro en manejar la reata como una arma, y sin rival en esgrimir el machete hasta teñirlo en sangre como por vía de entretenimiento.

Sin conocer absolutamente los términos que sus jefes principales emplearan para prescribirle sus maniobras, entregado él solo á su propio genio y á su iniciativa, sabía desbaratar los frentes enemigos, deteniendo las columnas de ataque, ó cargando sobre los flancos realistas en el instante más adecuado para destrozarlos.

¡Cuántas veces Albino, rodeado de sus mejores colegas, determinaba la victoria en los fulminantes asaltos que daba sobre los convoyes realistas!

Sabía desbaratar, ayudado por quince ó veinte charros de un temple semejante al suyo, las secciones enemigas, por fuertes que fueran, abrumándolas, por el relampagueante ímpetu de sus embestidas, lazando sus cañones, sostenidos como siempre por las turbas de indios honderos, que con sus tempestades de piedras solían apoyar con éxito tan audaces empresas.

Los guerrilleros se dispersaban en seguida para ir á rehacerse á retaguardia, aprovechando los incidentes del terreno, aparentando absoluta retirada, dando tiempo á que entraran en el combate las columnas de peones insurgentes, los que eran sostenidos á su turno por los mismos bravos jinetes que parecían multiplicarse prodigiosamente.

Porque todas estas guerrillas que tanto molestaron á las tropas de los jefes realistas, operaban ayudadas y sostenidas por infinidad de peones indios reclutados entre las montañas ó aislados valles de las sierras, indios que constituían apretados valladares que se tendían ante la elástica y bélica impulsión del jefe.

Estos charros, de indómito valor personal, contuvieron muchas veces los excesos de los triunfantes dragones enemigos, y en otras ocasiones, gracias á la agilidad de sus pequeños caballos amaestrados por sus mismos amos para el combate á lanza ó machete, lograban con sus reatas, maravillosamente y con gran tino tendidas y arrojadas sobre el enemigo, las más espléndidas victorias... ¡En verdad que hacían prodigios! Cuando una guerrilla comprendía por qué rumbo iba á ser atacada, y se decidía á resistir para cansar y burlar á sus

enemigos, conforme á su legítima táctica, — resguardaba ante todo su línea de retirada con instintivo ingenio, ponía en salvo los pocos bagajes ó tesoros... y los más aguerridos *charros* presentaban sus reatas, dispersos en extensa herradura, tras la infantería, machetes y lanzas. Ocúltanse entre los infantes esperando la orden de acometer... Cargaban los contrarios; volaban las piedras de los honderos indios que los acompañaban como los antiguos peones de las mesnadas á sus caballeros; oíanse las descargas de los fusiles y los gritos de guerra de los combatientes... y al estar los asaltantes á tiro de pistola, rápidos se lanzaban los guerrilleros en sus soberbios y sabios caballos, con la reata revoleadora lazaban hombres, caballos, y cañones enemigos, mientras los más adictos hombres de los lazadores, les cuidaban el cuerpo y les llevaban la lanza y el repuesto de reatas y armas.

¡ La reata mexicana!... ¡ Cuántos triunfos parciales, cuántas victorias inesperadas en detalle, ha logrado la gallarda y épica *reata* nacional!

Fué su lazo, en aquellas épocas en que los insurgentes combatían sin verdaderas armas de batalla, tan poderoso y temible en manos de guerrilleros, hijos de los campos, amantes de la vida hermosa, soberana y libre de selvas y montes, persiguiendo y domando toros irsutos y bravíos potros, fué, decimos el pánico de los realistas y la venganza justa y sangrienta de los insurgentes.

Albino García apareció en el Bajío, animado por el eco del grito de Independencia y sin arredrarse por las derrotas de la causa, mientras Rayón organiza tropas y opera en Michoacán, el caudillo del valor y la audacia se bate á su modo, hostilizando las columnas rea-

listas que le persiguen, azuzadas por la cólera de Calleja y del tigre Cruz.

García, con un puñado de valientes, toma un pueblo, un rancho ó una hacienda; se hace de víveres y de gente que sabe que es de los suyos... evita al enemigo superior... lo burla cayendo de improviso sobre él en sus campamentos; da batalla á las partidas adversarias pequeñas, las envuelve con sus lazadores, las aniquila con sus lanceros, y les toma armas y bagajes.

Para atacar, combinaba una sección de charros, en orden disperso, unidos con sus reatas extendidas, — sólidamente sujetas á *cabeza de silla* — á todo escape se desplegaban tirando las cuerdas que arrollaban el frente enemigo... si no lo lograban, rompían las reatas, dispersándose los charros á derecha é izquierda, para ir á rehacerse á retaguardia, mientras otra segunda línea de jinetes seguía la misma audaz operación hasta que los de los machetes y hondas aplastaban á los enemigos que no habían huído, si es que tenía éxito la aventura... que si no... todos en aparente desorden, pero en absoluto concierto, huían veloces por diferentes rumbos, para encontrarse días ú horas después, según cita previa, en cualquier punto escondido entre las sierras, en cualquier madriguera oculta en los boscajes, en el fondo de espesísimas nopaleras ó en las quiebras de espantosas barrancas.

Ocioso, verdaderamente inútil sería mencionar los encuentros que tuvo este famoso guerrillero con las partidas de Calleja, Cruz, Trujillo, Porlier y García Conde, y es más, advirtamos que casi siempre era derrotado. ¡ Que caros costaban á sus enemigos los triunfos!

Esto entraba muchas veces en su plan. Se dispersaba en un punto... se le creía aniquilado; y mientras sus

perseguidores descansaban ó batían otra guerrilla, reaparecía, desolador y sarcástico, por otros pueblos donde se fortificaba, atrayendo fuerzas respetables... parecía que iba á resistirlas... y de pronto se les escapaba de las manos. Con esta táctica daba más que hacer á sus enemigos que toda una División.

Sobre el Valle de Santiago, cerca de Salamanca, internándose por la Sierra de Guanajuato, dando la mano á los cabecillas de otras partidas, ya por Guadalajara, ya por Valladolid, Albino García es un metéoro, incomprendible, desesperante y magnífico. Parece tener cien vidas... Está en todas partes y no se le encuentra en ninguna.

Suele unirse, durante esa campaña al estilo árabe — tan fructuosa en estas guerras nacionales — con otros caudillos, que como el *Huacal* no le van en zaga en punto á habilidad y donosura para escarmentar á sus enemigos... pero á tanto llega la actividad guerrera, que tras de audacísimas empresas sobre los pueblos de Occidente en la costa del Pacífico, teniendo que retroceder á sus escondrijos, atravesando feraces regiones, perseguido de cerca por furiosas y nutridas tropas realistas, abate las anchas y sólidas compuertas de las presas mejores que encuentra, inundando las comarcas; mientras sus peones indios de Colotlán abren zanjones en los caminos para que obstruyan los trenes y piezas de artillería de los perseguidores.

Por sobre todas estas escaramuzas que exterminan y suelen aniquilar los mejores ejércitos, por sobre todas estas sangrientas peripecias y aislados lances épicos en el centro y Norte de lo que es hoy nuestra patria, continuaba la implacable cólera devastadora de Venegas, Calleja, Cruz, Porlier, Torre, Álvarez y más tarde Itur-

bide y tantos otros que asolaban el país, contribuyendo á avivar el fuego de la cólera del pueblo animado por su libertad á desafiar la muerte en las filas insurgentes.

Y, cosa admirable, mientras más victorias alcanzaban las armas realistas, cuando llovían sobre la capital del virreinato los partes de triunfos y hecatombes en aquel año de 1811; Calleja, espíritu sagaz y sombrío, taciturno y penetrante, político y militar consumado, escribía al mismo Virrey: *Aun está muy lejana la época de tranquilidad para este reino.*

¿ Puede llamarse campaña, propiamente hablando, á la serie, mejor dicho, al conjunto de lances, puntas, escaramuzas, fugas, merodeos, choques, encuentros, sorpresas y alborotos, saqueos, incendios, crímenes, venganzas, sublimidades y abominaciones, puede llamarse campaña á este caos, á esta hervorosa faz de la guerra de Independencia?

¡ Creemos que sí!... y terrible campaña!

Técnicamente hablando, en el bando insurgente no hubo operaciones militares coordinadas, no hubo plan, ni objetivo determinado, ni jefe único, y sin embargo todo este cúmulo de incidentes, todos estos patriotismos y audacias que se sublevaron por todas partes y cada una por su rumbo y, sobre todo, toda esa sangre mexicana derramada porque una noche sonara un grito que hizo repercutir á los ecos de las montañas y de las llanuras de la patria la palabra « Independencia »... todo eso valió más que una gran campaña de sitios, fortalezas y grandes batallas campales, donde se destruyeron enormes ejércitos.

*
**

Otros de los jefes guerrilleros notables fueron los Villagranes que desolaron, en sus terribles correrías, los campos que se extienden en torno de San Juan del Río, por los territorios que hoy forman parte de los Estados de Hidalgo, Querétaro y México.

Estos Villagranes, de funesta memoria, lo mismo que una infinidad de aventureros que pulularon por Michoacán y Nueva Galicia, ejercieron á la sombra del estandarte libertador, el más atroz bandidaje, robando en todas partes, dejando huellas de sangre y fuego en las poblaciones, desprestigiando la causa que profanaban... Esos miserables que surgen siempre en las grandes revoluciones, no logran, no obstante, oscurecer la gloria de los verdaderos caudillos.

Era imposible por entonces saber quiénes se batían por el pillaje y quiénes por la patria... Muchos de ellos fueron, al menos, utilizados como un arma cualquiera, en la urgencia y angustia de las situaciones difíciles... sin que por eso desconocieran los jefes insurgentes, que aquellos hombres de salvaje valor y truhanesca astucia, no eran sino instrumentos de combate que, al fin, tarde ó temprano, habrían de ser aniquilados.



X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS

1810-1811